

cipe americano son prueba excelente de esos cambios: muestran posturas políticas distintas y pertenecen a distintos movimientos literarios.

Por lo que se refiere al primer aspecto —y como ocurre en todas las novelas del primer cuarto de siglo, en especial las históricas—, ambas plantean la lucha entre el liberalismo y el absolutismo. La doctrina política que se defiende en *Jicotencal* es el republicanismo basado en el respeto a la constitución, y el derecho de un pueblo a decidir su destino, es decir, a ser independiente y no colonizado. Estas son conclusiones a las que han llegado, tras hacer uso de la razón natural, todos los personajes positivos: Jicotencal el viejo y Jicotencal el joven comparten con el español Ordaz el rechazo hacia el absolutismo. Por el contrario, en *Xicotencal, príncipe americano* se canta el carisma individual de Hernán Cortés y se hace ver que un Senado —es decir: una asamblea con varias voces— puede ser fácilmente engañado por uno de sus miembros. En el relato de García Bahamonde la fortuna es adversa a Moctezuma cuando éste deja de ser un monarca absoluto y se rodea de validos. Como cada relato moldea los hechos al gusto de su autor, un mismo suceso real puede servir para probar un argumento o su contrario, y en eso radica la variedad de los relatos de tema americano a los que nos hemos acercado: los hechos de la conquista son respetados, pero son las anécdotas más pequeñas las que dan un sesgo u otro al significado total. La evolución del pensamiento y de los gustos literarios es también determinante: *Jicotencal* interpreta el pasado con el racionalismo derivado de la formación ilustrada de su autor, mientras que los protagonistas de *Xicotencal, príncipe americano* proyectan sobre la historia las pasiones que los dominan, gracias al influjo romántico. Así, las arengas de Cortés son en esta obra emotivas, mientras que en el texto de 1826 eran grandilocuentes y sonaban a huecas, ocultaban los verdaderos motivos de la lucha, que en aquel Cortés no eran otros que la ambición. El protagonista indio también se pronuncia en la novela de 1831 con sentimiento, aunque el objeto que lo inspira no sea el adecuado, ya que no está enamorado de una heroína, sino de una mujer perversa. Nada hay más romántico en este período que hacer del amor el motor fundamental de una obra, y esto sucede en el relato de Valencia, donde el héroe indígena es capaz de mentir y de traicionar a su pueblo por su amada. La conducta del caudillo tlaxcalteca aleja a las dos obras de modo definitivo, pues en la narración de Filadelfia —como también sucede en la tragedia de Buenvecino— Jicotencal lo sacrificará todo a su patria.

Frente a la contención de que hace gala la novela de 1826, la representación del paisaje, las descripciones en general, y principalmente las que se dedican a los atuendos de los indígenas, acreditan también la vinculación temprana de *Xicotencal, príncipe americano* con el romanticismo, con la tendencia europea a dar cuenta del universo americano exaltando lo exótico y exuberante. Esas descripciones hacen pensar en Chateaubriand, pero también, y sin ninguna duda posible, en una lectura reposada de las crónicas de Indias y de *La Araucana*, lo que proporciona al lector una impresión de verismo histórico que no se encuentra en otras obras románticas, en ocasiones adornadas de un exotismo gratuito. Estos pasajes y la celeridad con que transcurre la acción, frente a la aridez de muchas peroratas de *Jicotencal* y su falta de ritmo narrativo, dan a la novela de 1831 clara ventaja en el favor del lector actual.

La mente razonadora de la obra de Filadelfia, frente a la más conservadora y romántica que movió a García Bahamonde, se manifiesta también en el aspecto religioso. *Xicotencal* propone un deísmo ilustrado, una religión natural sin ritos ni mediadores, acorde con la imagen del buen salvaje que se defiende en la novela, pero que no casa bien con la suposición de que fuera un sacerdote su autor, el padre Félix Varela: el cristianismo que llevan los españoles a América está tan corrompido como los propios portadores de la doctrina, y en la obra sólo se convierten al nuevo credo doña Marina y Maxiscatzín, los personajes más malvados, junto con Cortés. Ninguna justificación asiste a los conquistadores, y las convicciones del autor quedan claras ya en la primera página de la novela: «La completa destrucción de un imperio inmenso (...) emprendida y llevada a cabo por un banda de soldados al sueldo y órdenes de un déspota, que tenía su trono a más de dos mil leguas de distancia, era una suerte reservada sólo para los mal afortunados habitantes de la América Occidental». Por el contrario, *Xicotencal, príncipe americano* demuestra que la conquista de América obedeció a una voluntad superior: «La divina Providencia —así comienza el relato— había fijado el plazo a los grandes acontecimientos del nuevo mundo en el siglo XV, y por efecto de sus impenetrables designios escogido a Hernán Cortés para que, llevando la fe de Jesucristo hasta las más remotas regiones, tremolase un día victoriosamente sobre las colosales torres de la opulenta México la sagrada insignia de Constantino y los morados pendones de Castilla».

Evidentemente, la obra de Filadelfia ha querido ser la denuncia de la hazaña española, y por extensión de todas las colonizaciones. Por boca de uno de los conquistadores el autor pone en solfa los ideales caballerescos que supuestamente fueron el acicate de los europeos en América, y a la vez deja en entredicho la bondad del cristianismo y la civilización del viejo continente. Por su parte, *Xicotencal, príncipe americano* tiene también una intención desmitificadora clara, aunque distinta: en este caso afecta al indígena, lo que se denuncia es la falsedad en que se asienta la leyenda del buen salvaje, al tiempo que se destruye la amenaza que pudieran significar los nuevos mitos americanos, como Xicotencal o Guatemoc, para los tradicionales mitos españoles, como don Pelayo o el Cid, u otros más recientes, como el conquistador de México¹¹: «En vano pretenden autores extranjeros —escribió García Bahamonde en el prólogo— disminuir la gloria de Hernán Cortés, ya pintándole como un tirano que hacía la guerra a hombres desnudos e indefensos, ya tomando la causa de estos cuya ignorancia y sencillas costumbres les conducían a inclinarse dócilmente el cuello al yugo de los españoles... Por otra parte, no pudiendo negar que era muy corto el número de soldados con que emprendió Cortés la conquista, sostienen la superioridad de sus armas, sus conocimientos y táctica contra los indios que combatían en masa, sin orden ni disciplina, que huían aterrados por el fuego de la artillería, y que se dejaban dar la muerte sin resistencia...»¹²

Es claro que el autor se refiere a la leyenda negra, que había pasado por distintos estados desde los tiempos del Descubrimiento y que desde fines del XVIII, principalmente a causa de la *Historia filosófica de las dos Indias* de Guillaume Raynal y de otras obras polémicas, intentaba mermar la calidad de los conquistadores españoles rebajando la altura de sus enemigos indios. Guillaume Raynal y —en menor medida— William Robertson habían recogido todos los prejuicios acumulados sobre el habitante de América

¹¹ A esta conclusión, que pudiera parecer un poco forzada, llegó ya en 1831 el crítico literario de la revista *Cartas españolas*, cuando dio noticia, la única que conocemos, de la existencia de esta obra en el mercado español: «El autor de esta novela ha sabido conservar la fidelidad histórica de los clásicos acontecimientos del Nuevo Mundo, y tejer en ellos un episodio amoroso del príncipe Xicotencal y la bella Xicomui; sin embargo ha cedido al coloso que tenía adelante, y a su pesar, y contra el objeto de la obra, toda la atención de la obra se la roba Hernán Cortés». Véase *Cartas españolas*, Madrid, Imprenta de I. Sancha, 1831-1833, tomo IV, marzo 1832, pág. 342.

¹² Véase *Xicotencal, príncipe americano*. Novela histórica del siglo XV, Valencia, José de Orga, 1831.

durante siglos, incluido lo que menos podía favorecerlo de las defensas hechas en las centurias anteriores por Las Casas, Pedro Mártir de Anglería o Guevara. El resultado fue el retrato de un indio torpe y débil, que por su ingenuidad se hallaba en un estado de confianza y de desprotección hacia todo lo que viniese del exterior. La grandeza de la conquista española quedaba ensombrecida al demostrarse la crueldad innecesaria de los peninsulares, enfrentados a indígenas incapaces de defenderse. Conocedor de esos ataques, que en su momento habían dado ocasión a la llamada «disputa del Nuevo Mundo», García Bahamonde se decide a dar una versión prohispanica de los hechos, mediante un género de novela, la histórica, que en su tiempo gozaba de la misma o mayor credibilidad que la propia ciencia histórica. La suya era una contestación nacionalista que además cubría la ausencia de una versión oficial, ya que España se había limitado a prohibir libros «peligrosos», como el de Raynal, y la historiografía española había sido incapaz de dar una respuesta a las acusaciones. El desmantelamiento del mito del buen salvaje podía conseguirse en la medida en que se diese vuelta uno por uno a todos los tópicos «literarios» que adornaban al indígena, enraizándolo en la realidad histórica que vivió. Frente a la bondad natural, la falta de ambición, el despego por los bienes materiales y la pureza de las costumbres, aspectos fácilmente reconocibles en los personajes de la narración de Filadelfia, existen en *Xicotencal, príncipe americano* tlaxcaltecas atacados por la lascivia o la soberbia, capaces de doblez y traición. Pero al tiempo se otorga al indio una grandeza muy diferente a la de los textos que lo habían «idealizado»: la refutación del indígena poco hábil, inútil con las armas y físicamente débil, se cumple sobre todo al dibujarse combates épicos donde los soldados americanos son guerreros fornidos, peritos y eficaces. Antes que los influjos de Chateaubriand o de Walter Scott —aunque también éstos existan—, la fuente de inspiración es sobre todo *La Araucana*, junto con las crónicas de Indias: versos de la epopeya chilena encabezan todos los capítulos de la novela, y la lectura de Ercilla puede explicar el tono épico de los combates, así como el nacionalismo mexicano —tan difícil de encajar en un autor absolutista y colonialista— que a veces se manifiesta en el relato. Atento a su modelo, García Bahamonde no ahorró elogios a la tropa americana, sin que eso signifique que dudase del derecho de España a la posesión de México.

Al estudiar la influencia de esta novelita de 1831 en la literatura posterior escrita en España, sorprende comprobar que sirvió de modelo a los escritores liberales, y no a los que participaban de la ideología conservadora de García Bahamonde. Sólo los liberales entendieron la necesidad de reconciliación con las colonias y de establecer relaciones de igualdad con las nuevas naciones emancipadas. En la propuesta de García Bahamonde el mundo americano no era inferior, no era infantil. Los conservadores prefirieron pensar que todavía en esos años del XIX España era soberana del mundo y que los americanos necesitaban de una tutela paternal, y por ello siguieron aceptando con entusiasmo las imágenes más depauperadas del buen salvaje: la bondad convertida en estupidez, la inocencia en incapacidad, la carencia de ambición en desidia y apatía. Todo ello desembocaba inevitablemente en el desprecio hacia lo americano, sentimiento que podemos descubrir en novelas como *Eleonor de Motezuma* (1852), de Manuel Ruiz y Pérez, o *La conjuración de México* (1850), de Patricio de la Escosura. Este modo de pensar cercenó la posi-

bilidad de reanudar los lazos entre España y América tras la independencia. Por el contrario, aquellos que rechazaron la idealización simplista del indígena, como Pablo Alonso de la Vecilla en *Pizarro y el siglo XVI* (1845), o los que aun teniéndola en cuenta dieron cabida también al aspecto aguerrido y nacionalista de la lucha, como Gertrudis Gómez de Avellaneda en *Guatimozín, último emperador de México* (1846), tendían un puente a la modernidad. Y el primer paso lo había dado Salvador García Bahamonde, cuando para defender a España de la leyenda negra entendió que el camino más fructífero era tratar al indio con respeto, e incluso con admiración. Esa fue la decisiva aportación de *Xicotencal, príncipe americano*.

Mercedes Baquero Arribas

